

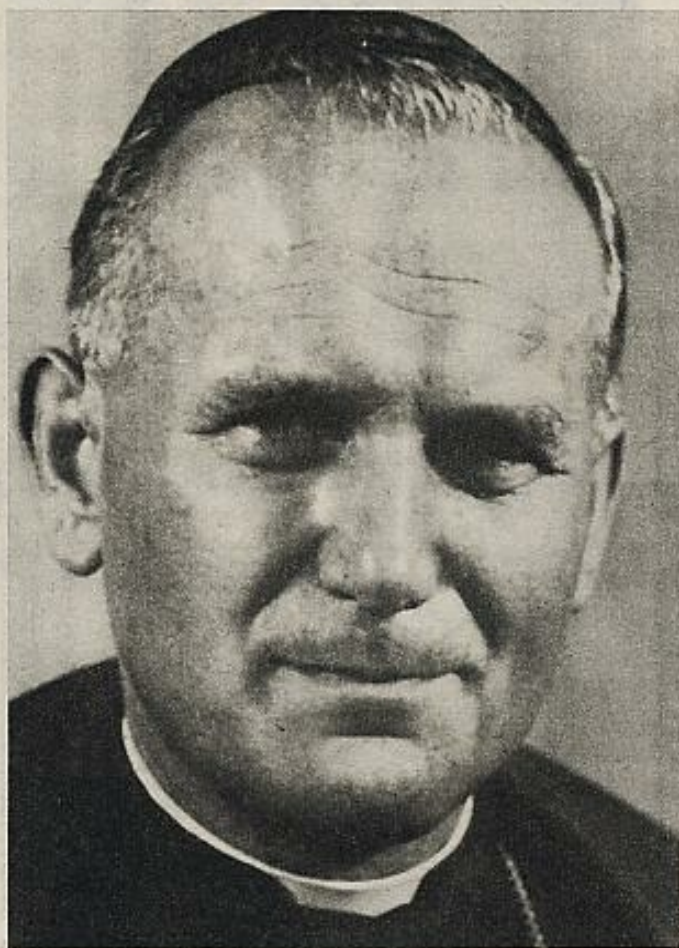
Juan Pablo II un Papa filósofo

NO hay moral verdadera, decía Max Scheler, si no es dentro de una revelación religiosa: la moral moderna, laica y democrática, que ha creído que podía reemplazarla, no es en realidad más que su negación. Es una moral de resentimiento: un resentimiento contra los mejores, que sustituye la realidad de los valores superiores por los criterios del consentimiento unánime. Solamente se acepta aquello que el más nulo de los hombres puede ver y creer: por lo tanto, la vida se establece a su nivel más bajo.

Cuidado con esta doctrina: es la que el nuevo Papa asumió cuando escribió su tesis sobre Max Scheler, cuando tradujo algunas de sus obras al polaco. Tenemos Papa, y tenemos Papa filósofo. Su libro, "Signo de contradicciones", está impregnado de esta doctrina. Era un libro que, ahora se descubre, se repartió en los días previos al Concilio.

Es, pues, un Papa filósofo. Tiene rasgos sorprendentes. La Iglesia ha sorprendido dos veces en pocos días a sus fieles: primero, con el efímero Luciani, o Juan Pablo I, surgido de un anonimato, muerto en un anonimato, dejando tras de sí una estela fantasmal de suposiciones, esperanzas de unos, decepciones de otros. Un Papa pastor, un Papa párroco... Ahora, la sorpresa ha sido todavía mayor: un Papa extranjero. El primer Papa extranjero desde Adriano VI, universitario y filósofo de Utrecht y de Lovaina, hace unos cuatrocientos cincuenta años. ¡Un Papa extranjero! Supone una revolución. La revolución que se esperaba, y de la que se desesperaba. Hace unos días, la mayoría de los cardenales españoles se expresaban en un sentido contrario a la posibilidad de elección de un Papa extranjero: la Curia "no estaba madura". Además, decían, hay que tener en cuenta que el Papa es también obispo de Roma, y que por ello parece indicado que sea un italiano...

El cracoviano Karol Wojtyla tuvo un primer gesto diplomáti-



El cardenal Karol Wojtyla, arzobispo de Cracovia, elegido 264 Papa con el nombre de Juan Pablo II.

co cuando, dirigiéndose a la multitud que le aclamaba el lunes en la plaza de San Pedro, lo hizo en italiano, en un excelente italiano, aunque dijo que no era muy capaz de expresarse en "la vostra lingua", para rectificar en seguida y decir "la nostra lingua": ya era italiano, ya era "vescovo di Roma", aunque venido "da un paese lontano".

Y tan "lejano": Polonia. Además de extranjero —es decir, no italiano—, el Papa que rompía así el protocolo y hablaba al pueblo cuando sólo debía haber pronunciado su bendición "urbi et orbe", viene de Polonia. El país, no olvidemos, que ha sido el eje de las conversaciones cristianismo-marxismo. No sólo como cardenal arzobispo de Cracovia, sino como filósofo, como

lector de todo. Cualquier confusión, de todas maneras, con un hombre inclinado hacia el marxismo puede ser desechada. El que venga precisamente de un país comunista indica lo contrario. Los príncipes de la Iglesia elegidos en los países del régimen comunista son, precisamente, de choque: son los que han luchado día a día contra un Estado absorbente ideológicamente, por conservar la doctrina frente a la invasión de un Estado desecristianizador. No olvidemos al que fue más famoso de entre todos ellos: Mindzenty. Rudo y combativo hasta el final, fuerte en el desafío. Más tarde, el papel de los eclesiásticos en los países comunistas, y muy especialmente en Polonia, consistió en la diplomacia, en la negociación con el Es-

tado. Y los Estados comunistas siguieron, tras la coexistencia pacífica, una misma línea. En Polonia, repitamos, sobre todo. Polonia es el país más católico de toda Europa del Este y, probablemente, uno de los más católicos del mundo. Y los católicos forman una fuerte oposición al Estado comunista, con sus obispos —negociadores o no— al frente.

Carlos, cardenal de Cracovia, hoy Juan Pablo II —como si quisiera rellenar con este nombre el vacío que dejó Juan Pablo I, más que por seguir la advocación del Papa Juan, a quien algo se parece físicamente, y del Papa Pablo—, era conocido ya en Roma. Había participado en el Concilio Vaticano II con una ponencia en la que principalmente trataba del problema del matrimonio y de la familia. No lo hizo en el sentido de un divorcio laico, pero sí, parece, en el de entender o comprender mejor las causas canónicas de la disolución.

La pregunta, de todas formas, es la misma: ¿Un Papa conservador o un Papa progresista? En el clásico lenguaje profano: ¿Un Papa de izquierdas o un Papa de derechas? El primer diagnóstico, por sus antecedentes filosóficos schelerianos, por sus intervenciones en el Vaticano II, por su libro, es el de que se trata de un Papa conservador, pero más inteligente, más preparado que el pastor Luciani. Un Papa que ha defendido la Iglesia contra el comunismo, que difícilmente cree en la democracia, pero, en cambio, un Papa diplomático, un Papa negociador, que podrá instalar su conservadurismo por las vías de una sonrisa conciliadora y de unas conversaciones continuas.

La revolución formal, sin embargo, es sensacional: joven —cincuenta y ocho años—, extranjero, filósofo y con propósitos, se dice, de innovación formal. Va a ser, probablemente, mucho más considerable para el futuro de la Iglesia de lo que hubiera podido serlo el pobre mLuciani. ■